

Ha muerto José Marín Cañas

La vida literaria y periodística de Costa Rica ha estado agitada desde hace casi medio siglo, con un intermedio de silencio, por la presencia fogosa, apasionada, inquisitiva y brillante, de una de sus plumas más egregias. En la madrugada del domingo 14 de diciembre pasado, esa pluma se detuvo para siempre, dejando atrás todo un capítulo de nuestra historia, toda una época, todo un mundo de valores, concepciones, ideas y creencias, que también en estos últimos años otros contemporáneos parejamente ilustres del gran escritor, se han llevado a su tumba como si fuese el gran secreto de sus vidas.

José Marín Cañas, aquel intrépido novelista y periodista del Infierno Verde, de Pueblo Macho, de los Bigardos del Ron de los años treinta, y más tarde el maduro autor de Pedro Arnáez, su obra cumbre, el ensayista y comentarista de la página 15 de La Nación, donde libró con el mismo temple, la misma pasión, e igual coraje sus últimas grandes batallas, ha muerto. Ha muerto, como él solía decir, "para toda la vida".

Fue uno de los más ilustres hombres de esa vigorosa estirpe de comienzos de siglo que ya se nos acaba y que como los otros que se han ido, nos deja un claro testimonio, rendido hasta el último momento, al cabo de su propia existencia, como un valeroso soldado que cae en el campo de batalla, con el ar-

ma en sus manos.

Es una pena que el país no tenga plena conciencia de esta muerte, ni la de los que unos cuantos meses antes nos abandonaron definitivamente. Es una pena que estos desgarramientos íntimos de nuestra historia, no sean elevados a la luzidez del espíritu nacional, para que las generaciones vayan marcando responsablemente con ellos los hitos del destino de su pueblo. Porque no es una muerte cualquiera sino la muerte de un hombre excepcional, que vivió un largo trecho del eterno peregrinaje de su patria.

Ahí quedan sus obras, sus páginas periodísticas, sus polémicas, sus denuncias, como contribuciones al esclarecimiento de todos los enigmas que se encierran en nuestra pequeña cultura y en nuestra insólita democracia. Si la muerte del autor imprimiera vida y vigencia a los pensamientos que nos lega en sus obras, escritas a veces con dolor, a veces con desencanto, pero siempre con un deseo de clarividencia, tendría su memoria el mejor homenaje. Es el destino de los héroes, este de quemar sus vidas para alumbrar el camino futuro. No son los políticos los forjadores de la patria, sino estos trabajadores incansables, desinteresados, casi compulsivos, que buscan la gloria en el esplendor espiritual de su pueblo, y dejan a su muerte un patrimonio espiritual a merced del olvido y de la indiferencia.